

ENSAYOS LITERARIOS

POR

F. Salvador Ramon.



ALMERIA.

TIPOGRAFIA DE CORDERO HERMANOS

1889

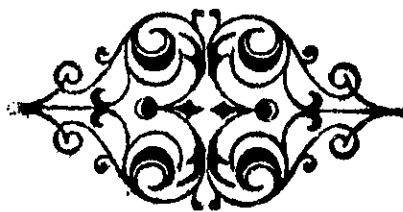


AL/F. 1-27

ENSAYOS LITERARIOS

POR

D. Salvador Ramon.



ALMERIA.

IMP. DE CORDERO HERMANOS.
1889.

REFLEXIONES SOCIALES

Cada una de las épocas por las cuales atraviesa la humanidad, tiene su particular tendencia, su espíritu propio, su caracter determinado.

Esa fuerza que impele á más de una generación á un mismo fin: ese sello que caracteriza por más ó menos tiempo á todos los hombres que habitan diferentes regiones, eso que podríamos llamar el estilo de cada época, no deja de tener siempre algo bueno que alabar; pero no por eso escasea en vicios que hay necesidad de conocer antes de censurar.

Yo creo que fuera bastante demostrar á los pueblos el vicio que los domina, para que estos empezaran por recelar de él, é insensiblemente fueran desechándolo, hasta tanto que le desarraigasen por completo de sus corazones.

No es obra de un día perfeccionar á los pueblos, como no lo es producir admirables obras que hayan de pasar á las generaciones venideras. Esto es bien claro; pues el trabajo necesariamente ha de estar en relación con la importancia del efecto que se ha de producir; pero no por que sea empresa difícil en extremo, se habrá de concluir que sea ineficaz todo es-

fuerzo, ni tampoco se podrá objetar diciendo que los pueblos se perfeccionan por sí solos, pues esto más de una vez, para desgracia del hombre, se ha visto desmentido por tan aciagos fenómenos, que siempre los llorará la humanidad.

De ningún modo se ha de creer, que los vicios ó virtudes de una época cualquiera, sean efectos del delirio ó lucidez de toda la masa de los hombres, que tienden á un mismo fin, sin haber reconocido esta tendencia una causa que la haya determinado.

Los pueblos por sí solos, los que constituímos el vulgo en general, marchamos siempre á espensas del último impulso recibido; y un nuevo impulso que marque otro orden de ideas distintas á las anteriormente recibidas, solo puede darlo á los hombres ó Dios ó un hombre de génio superior á los demás de su época.

Si lo recibimos de Dios, marchar podemos sin cuidado alguno por la senda que nos trace, pues de nuestro Creador no podemos recibir impulso alguno que contrarie en lo más mínimo, ni nuestro ser, ni aun nuestro modo de ser.

Esta sola reflexión me hará permanecer siempre en la Religion Católica, puesto que no siendo esta otra cosa que la fuerza empleada por Dios para llevar á la humanidad á su verdadero fin, estoy seguro de alcanzar el mio propio siguiendo el camino que ella me traza.

Si lo recibimos del hombre, entonces tal será la vía que nos señale, generalmente hablando, cual fué la que él recorrió.

Para seguir el movimiento de los pueblos, no reconociendo otro origen que la fuerza humana, tendría necesidad de más de una prueba, que me convenciera tanto de la bondad del principio moviente como de la bondad del fin á que aspiraba el inteligen-

~~~~~

te motor, en cualquiera de los órdenes intelectual ó moral; pues tanta es la relación que existe entre ambos, que sin la bondad del uno no se puede alcanzar la del otro.

Esta es una verdad que patentizan los hechos y por consiguiente irrefutable.

Mas como imprimir un determinado movimiento á todos los hombres de una generación, para que estos los comuniquen á las futuras inmediatas, no es sinó propiedad exclusiva del génio que se impone con invencible superioridad, de aquí que no sea facil contrarrestar el violento empuje, que el hombre capaz de dominar las inteligencias, imprime en sus conciudadanos, viniendo tambien á favorecer más y más las fuerzas del talento, el espíritu voluble de los pueblos, aficionados en extremo á toda innovación, venga de donde quiera y como quiera, sin pararse un momento á reflexionar si será ó no provechosa: bástale saber que es *moda* calificarse de este ó del otro modo, ora en el orden de las ideas, ora en el religioso, para que sin detenerse á examinar siquiera lo que significa el nombre que le han de dar en adelante, se considere como individuo perteneciente á la nueva *cofradía*, y hasta se atreva á defender el nuevo sistema cuyo nombre lleva, cuando apenas sabe sus principios más rudimentales.

Por que no cabe duda: el hombre y la mujer se diferencian muy poco, si se mira lo dispuestos que se hallan siempre para variar de opinión.

Eva pudo ser la primera en infringir el divino mandato; pero Adan no resistió por mucho tiempo, puesto que fué bastante que aquella le presentara el prohibido fruto, para que este comiera como un bobo.

Y desde aquel dia, si la mujer exhibe su incostancia, variando la hechura de sus vestidos á cada hora.

el hombre no aparece más firme en sus decisiones porque varíe de opinión cuando la luna cambia.

Sentiría que algún político se diera por aludido.

Pero no es mi intento ocuparme de estos ya por qué es asunto para mi desconocido el campo de las ambiciosas seducciones, ya por que sea la política una escena donde representan los más diestros prestidigitadores, y en cuyas operaciones sucede lo que en todas las que efectúan los hombres de esta clase, que *el que mas mira menos vé*, ya en fin por que son pocos los políticos que no sean un fiel remedo de *la carabina de Ambrosio*.

Hablo en el terreno político.

Empero en el trascurso de las materias que pretendo tratar, hablaré alguna vez de los vicios que dominan á la política en general, pero nunca habré de confundir el vicio con el vicioso.

¡Indigna pluma la que se ocupa en escarnecer á su hermano!

Y no es que yo presuma oponerme á una nueva tendencia, que para probar más y más la insuficiencia del hombre, por que se degrade á si mismo, se advierta hoy en la humanidad; nó: tan lejos estoy de eso, que creo muy fundado, que la fuerza que siempre agita al hombre, le es favorable en la época actual; pues la virtud y la verdad incansables en su obra de regeneración, siempre están dispuestas á entregarse á los hombres, uniéndolos por estrechísimos y suaves vínculos, y cautivándolos con alegría del corazón que poseen mientras tanto que el vicio y el error hastían y desengañan respectivamente.

No quisiera engañarme; pero desde que Francia discutió en su Senado las leyes de su código natural, entre las cuales no ocupó el ínfimo puesto aquella en que se prescribía premiar la prostitución; y desde

---

que las Cortes españolas se declararon ateas, el bien empezó á reconquistar el campo perdido, pues tras el último acceso del delirio, indefectiblemente sigue el periodo normal, si el delirante no sucumbe.

Al bien perdido se podrá llegar á pasos más ó menos lentos; pero lo cierto es que se tiende hácia él y que cuanto más unidas marchan las fuerzas que lo pretenden, más pronto llegaremos á su consecución.

Uno de los medios que me parece muy apto para encaminar todas las fuerzas á conseguir el laudable fin que hemos indicado, es mostrar á los pueblos el vicio principal de que adolecen, investigándolo en sus causas, y condenándolo por sus propios efectos, y cuando hayamos encontrado el efecto más perjudicial, proponer el medio más eficaz para destruirlo.

---

---

## MUTABILIDAD.



Ya se ha dicho antes, que el hombre y la mujer se diferencian muy poco, si se atiende á lo dispuestos que se hallan siempre para variar de opinión.

La mutabilidad, en todos sus órdenes, ha sido el patrimonio del hombre, desde que este apareció sobre la tierra, como prevaricador.

Mientras tanto que habitó el Paraíso, era mutable, no cabe duda; pero si bien es verdad que pasaba de un lugar á otro en aquella mansión feliz; que á la actividad sucedía el reposo y á la vigilia el sueño; y que á las ideas y acciones seguían otras ideas y nuevas acciones; también lo es, que su pensamiento y su voluntad estaban intimamente unidos á Dios, y que durante su permanencia en la felicidad, no dejaban un momento de amarle de la manera misma que Dios quería.

Pero el hombre está en potencia para perder también este tranquilo estado de su alma, y un día aciago lo perdió, y desde aquel momento, el hombre se hizo mudable hasta con relación á las enseñanzas de Dios y el amor que le debe. Así es que desde este día se le vé, ora siguiendo á su Criador, ora siguiéndose así mismo, dejándose arrastrar del vicio y del error; y nótese bien, que primero es vencido el hombre por las pasiones que por los errores; pues cuando ha seguido á las primeras, es cuando lucha por hacer

racional su estado en ellas, y entonces indefectiblemente apela al error; pues la verdad no puede esconder al vicio. Y hasta tal punto esto es así, que Fichte dice que «Nuestro sistema intelectual, ordinariamente no es otra cosa que la historia de nuestro corazón.»

El hombre, pues, siempre ha sido voluble. En todos los países, en todas las épocas y en todos los estados, no se observa otra cosa, que un constante flujo y reflujo de acciones, que desaparecen y que nacen, y una constante lucha de pensamientos contra pensamientos.

Cuál sea el número de doctrinas que se rechazan, que se oponen entre sí desde el día de nuestra caída, hasta la hora en que se alzó el Protestantismo, es incalculable; pero desde la aparición de este hasta nuestros días, las variaciones se han multiplicado, los *restauradores* de la sociedad han sido innumerables, y todos ellos, por regla general, no han tenido otro fin que custodiar el vicio; de aquí que á cada nombre nuevo, dado á *nuevas* obras se ha verificado un cambio; no obstante que á todas ellas bien se pueden colocar de lema estas palabras «sirvo de escudo al vicio; venid á mi los viciosos.»

Y no se crea que fijo como época de este exceso de mutabilidad el Protestantismo, por mero capricho, nó; es por que en la doctrina de Lutero radica esta exhuberancia de mutabilidad; pues, cuando, no se por que espíritu guiado, puso como axioma de su doctrina *pecca fortiter sed crede fortius*, peca fuertemente pero cree con más fuerza; no hizo otra cosa, como claramente se deduce que abrir paso al vicio; y cuando después de escitar de esta manera el mal, deja á la razón de cada uno de los hombres como norma de lo mismo que habia de creer, no cabe duda que dá cabida al error; pues si del mismo hombre de-

pende obrar el mal y vindicarse de él, seguramente que no se condenará á sí propio.

¿Por ventura ocurrió otra cosa al mismo Lutero?

Es evidente, pues, que las pasiones son el fundamento de la mutabilidad intelectual; aserción que se halla probada por el origen de todos los cambios, y que sanciona Lutero; al mismo tiempo que determina una época de constante variación, poniendo al hombre en tal estado, que mediante el espíritu privado, que constituye como base de todas las creencias, pueda decir siempre: yo no obro mal, por que me sujeto á los dictámenes de mi propio espíritu, que así me hace entender los preceptos y las leyes.

Jamás dejará esto de ser mera ilusión en el orden civil y lo mismo digo del religioso, en el cual la conciencia, como es bien sabido, siempre grita contra el mal; pero esta ilusión agrada, y se vá en pós de ella con frenesí. La volubilidad, pues, que se observa en nuestra época y que es indudablemente su capital defecto, tiene su origen en los fundamentos mismos de la secta luterana; en élla y no más que en élla se ha de buscar el origen radical de tantas sectas y de tantas teorías, como han manchado en sus más sublimes rasgos el verdadero sistema filosófico-teológico.

Así es, que habiendo sido fundamento de tantas variaciones, ha sido el protestantismo el primero y el que más ha variado.

No más que apuntando las variaciones que ha sufrido tan perniciosa secta la refuta Bossuet en su obra titulada «Variaciones del protestantismo» ante cuyo título es preciso que los protestantes, como dice Balmes, *Tremblen*

---

¿Cuales son los efectos de esta monstruosa secta?  
Dejando aparte los desastres cometidos por ella

en el orden material, nos fijaremos más detenidamente en los verificados en el intelectual y moral.

Como foco infecto de inmoralidad y de error *brillaba* el Protestantismo en el centro de Europa, lanzando por doquier miriadas de rayos, que deslumbraban con su falso fulgor, y que atraían sobre todo hacia el fondo de voluptuosidad, que entre ellos se destacaba.

Insensiblemente va el hombre perdiendo su rectitud en las obras, y va acercándose hacia aquel centro de pasiones, y con esta *progresión* el hombre va también debilitando las fuerzas de su pensamiento y alejándose de la verdad. Así marcha el Protestantismo en su regeneradora obra hasta el punto que los hombres más distinguidos de nuestro siglo, mirando los cuatro siglos últimos con relación á los anteriores no pueden menos que admirarse, cuando contemplan el divorcio y el suicidio, los centros de corrupción llevados al teatro y á los lugares más públicos, á la anarquía que en ellos ha reinado; y tanto es así, que Mous Gaume dice, que dominan á nuestra época «el naturalismo en religión, la centralización en política, la debilitación del sentido moral, el desprecio de la autoridad, cualquiera que sea su nombre; el imperio tenebroso de las sociedades secretas y el reinado visible del sensualismo; y después añade «todos estos sistemas de decadencia, desconocidos en otras épocas, son hechos que saltan á los ojos de todos y que carecen de compensación.»

Estos son los efectos en general que producen esos principios de mutabilidad que hemos visto constituidos como base fundamental del protestantismo.

Libertad se pide por todas partes, y la libertad se concede *oficialmente* y los hombres la aplican á

producir receptáculos inmundos de inmoralidad.

¡La libertad de imprenta cuánto no ha cooperado á la desmoralización social! por que ella unida á la libertad de pensar, no ha sido otra cosa que el órgano poderosísimo de que se han valido todos los *regeneradores* para dejar grabadas en oropeladas páginas las miserias de su corazón! En las palabras que hemos referido de Fichte, no se podrá menos de confesar, que se hallan condenadas todas las libertades referentes al orden intelectual, según se han *usado* en nuestros días, pues si los sistemas de doctrinas, generalmente corresponden al estado de nuestro corazón, es claro que los hombres que se hayan dejado llevar del espíritu de la pasión, esos, por lo menos, no han debido dar á luz lo que hayan querido; pues debia ser perjudicial su doctrina; y como nadie más que estos son los que pretendieron y consiguieron dicha *libertad*, de aquí que jamás se debió conceder; pues la verdad sin valerse de una *libertad oficial* se manifiesta; y por consiguiente, los hombres que se dedican al acrecentamiento y conservación de ella, no tenían necesidad de implorar ningún auxilio civil. Luego es indiscutible que la libertad de pensar y de imprenta, no son otra cosa que subterfugios á que acude el error para escudarse.

He aquí, pues, una consecuencia necesaria del espíritu privado de Lutero, y que por desgracia no ha quedado reducida al orden especulativo, sino que descendiendo á la práctica, ha hecho del mundo civilizado un caos, en el cual pocos se entienden, pues habiéndose presentado á cada paso una nueva teoría, un nuevo modo de explicar las cosas, los hombres ávidos de saber las han recorrido todas, y al fin han encontrado tanta variedad de pensamientos, de ideas contrarias, de sistemas diversos, que solo les ha que-

~~~~~

dado la confusión y la incertidumbre; así es que el hombre en este estado fluctua de acá para allá, en el orden de las ideas, como la barca abandonada á sí mismo en el inmenso océano.

Yo tengo para mí como cosa muy extraña, encontrar uno solo de los muchos que se hallan en este estado, que pueda fijar y determinar exactamente sus creencias.

Y esta es justa recompensa de su trabajo; pues todos los hombres que no admiten auxilio alguno para su razón, venga de donde viniere, deben quedarse reducidos á explicar, ó aprender á lo sumo, las teorías paganas, que son las únicas que pueden considerarse como patrimonio de la razón, y tal vez con algunas restricciones.

Quizá parezca esta aseveración demasiado arriesgada; pero nó, pues esto que lanzado en escueto á la frente de los hombres de nuestro siglo, tal vez los sonroje, es una verdad evidentísima, tanto más probada, cuanto más se ha mostrado en la esfera de los hechos. Si es ó nó verdadero lo que digo, que conteste Francia recordando aquella época, en la cual la antigua Roma de los Césares y del Capitolio, palpitaba con entusiasmo en su corazón; y también nuestra España puede decirnos algo. ¡Desventurada patria mia, cuando acabarás de llorar tu ateísmo! ¡Cuando volverás á brillar como la heroína del mundo! ¡Cuando aplastarás con tu poderosa planta al que indigno de tu nombre te condujo á tal demencia! ¡Si fueran las falsas teorías que nacen de la pasión, en tu nombre, patria mia las maldigo! Y si fué obra no más que del político salvage, que en una mano muestra el puñal fraticida y en otra la destructora piqueta; ¡patria mia que no viva sino con el mero deseo de volverte á poseer!

En este último periodo que nosotros hemos tocado, es donde más se ha exhibido esa mutabilidad constante de pareceres y de doctrinas, cuyo objeto no ha sido otro que apartar al hombre de su principio y de su fin. Por eso ha ocupado el ínfimo puesto la libertad de cultos entre nuestras libertades; por eso la prostitución rinde tributo al estado, al estado presta su homenaje pecuniario, el amante del teatro, alta escena *hoy* de las pasiones más refinadas.

¡Libertad de cultos; libertad de imprenta! y esto, ¿qué significa sino que libertad para exponer el vicio? ¿Por ventura es menos libre la virtud que la verdad, para que aquella se viera precisada á mendigar libertad al Estado? y sobre todo ¿desde que la religión católica viene informando á las naciones, ha encontrado la virtud algun escollo para su acrecentación? Ninguno ciertamente; pues si así ha ocurrido y así sucedía cuando se imploraba al estado la libertad de cultos ¿para qué se pedía? ¿Era para acercarse á Dios ó para separarse de El? Que respondan los partidarios de tan celebrada libertad, si son sensatos.

La mutabilidad que se observa en esta última época, ha tenido como efecto principalísimo, que apartar al hombre de la virtud y de la verdad. Efecto fatalísimo que no habrá quien apruebe; efecto que supone no poco retroceso en el orden social, puesto que ataca directamente sus bases mas fundamentales; efecto, en fin, que jamás encontrará justificación y que siempre pesará sobre el siglo XIX en particular, como la mayor ignominia.

Orgullosos puedes estar, siglo de las luces; grandes han sido tus triunfos, gigantescas tus invenciones, colosales tus obras; pero si concluyeras por rehusar la Religión Católica, que desprecias, dime ¿serías más, ante los venideros tiempos, que lo que fué el mundo

pagano ante el mundo civilizado? seguramente que nó; pues si tú puedes presentar ferro-carriles, telégrafos, luces eléctricas y otros muchos adelantos en las ciencias experimentales, aún suponiendo que fuera tuya toda la gloria, y aún cuando te separan de aquél diez y nueve siglos; todavía te pregunto ¿qué más has hecho que el materialismo, respecto al orden social? Díganlo el paterialismo y espiritismo que guardas en tus entrañas, ó el panteísmo que informa todas tus obras.

Tanto la sabiduría pagana como la de los hombres que sé olvidaron de Dios en nuestra época, se hayan determinadas por Gothe con estas palabras «os conozco, sabios; lo que no podeis gustar no lo teneis en cuenta; lo que no habeis puesto en vuestra balanza no tiene para vosotros peso alguno; y segun vosotros, nada vale sinó aquello que podeis convertir en dinero.»

Y no se crea que digo que nuestra época ha sido pagana, por condenar más sus defectos, no; pues si no hubiera abrazado al paganismo por sus obras, le hubiera seguido por sus ideas; y estos no lo puede manifestar explicitamente M. Lacour «¿Cuando haremos justicia, dice, á la bienhechora influencia del politeísmo sobre la civilización y hasta sobre el catolicismo?»

He aquí á lo que viene á reducirse la mutabilidad en el orden filosófico-moral ¡al paganismo! Y esto ocurrirá siempre que el hombre no reconozca mas reglas para sus creencias, que su propia razón.



ORGULLO

Pero esta mutabilidad absurda de todo punto en el orden filosófico-teológico, necesitaba sancion. Y esta sanción la encontró en el orgullo; en el orgullo que hace decir al hombre: «el que no varia de opinión, no ama al progreso» ¡Vergonzosa paradoja que no podrán menos de reconocer en el siglo XIX las venideras generaciones!

De aquí resulta, que escudados con este *axioma* los hombres, puede decirse que cada día son nuevos, puesto que se sienten animados de diferente espíritu; haciéndose de este modo difícilísima la controversia, y oponiendo un dique más á la verdad; pues de este modo, aun cuando el hombre se vea hoy despojado de la verdad que creía poseer, sin embargo, cree mañana poseerla nuevamente, variando de sistema.

Y este orgullo ha hecho que cada hombre se considere capaz de reformar su doctrina, ó, por lo menos, de rechazar todas las existentes, abriendo con esto un caos en donde han sumergido, no solo los hombres que se dedican al estudio, sinó tambien al pobre menestral que abandona su trabajo, para discutir las más intrincadas cuestiones filosóficas. ¡Desgraciado! ¿quién te ha hecho *filósofo* para hacerte olvidar el catecismo? ¿quién te ha hecho *pensador* para que olvides la oración dominical? ¡orgullo fatalísimo,

que ha satisfecho las exigencias de los especuladores del pensamiento! pues una vez que el hombre se ha apartado de la verdad, nada le ha satisfecho, y ha corrido siempre á gustar nuevos sistemas para nuevamente caer en el hastio, ó iniciar en su alma el terrible estado de la duda.

Y á esta duda del pensamiento, no le han faltado apologistas que la ensalcen, tales como Quinto Nuccio, que haciendo un parangón entre la Religión Católica y el politeísmo, pretendiendo hacer prevalecer á esta sobre aquella, dijo que la religión cristiana tenía reservadas «penas eternas por faltas pasajeras, y humanamente disculpables, y hasta por cosas dignas de elogio, tales como la duda filosófica».

¡Digna de elogio la duda! ¡Digna de elogio la imperfección! «¡La duda que segun Hettinger, solo tiene poder para destruir; pero es completamente incapaz de producir algo nuevo ó bueno, y en general, de crear cosa alguna!»

¿Y á esta venenosa duda que hiere el corazon en su más íntimo seno, qué sucede? La ignorancia aprendida en los absurdos de la incredulidad, unida al más refinado orgullo. Esto es: á la duda sucede la indiferencia; pues en llegando á convencerse el hombre que nada hay de verdad en los sistemas en que creía encontrarla, bien puede asegurar que ha quedado envuelto en la más crasa ignorancia; pero entonces el orgullo que le condujo hasta la duda, le sale al paso y le dice:—¿cómo quieres hallar la verdad, que no existe, que es mera ilusión? y entonces el hombre destituido de sus mas nobles sentimientos, de todo se mofa, de todo se rie, y todo lo niega.

¡Triste estado del alma, que supone la mayor inmoralidad, la mas horrible corrupción! y así dice elegantísimamente Goethe «Amigos míos; que son todas

sus negaciones y todas sus dudas, sinó el reflejo de las miserias de *su alma*?

El indiferentismo es, pues, el último y más pernicioso efecto de esa mutabilidad orgullosa en el orden de las ideas; el efecto que nosotros sentimos y por consiguiente el que nos toca contrarrestar. ¿Pero como nos será posible penetrar en ese irritado mar que brama en el corazón del hombre, para calmarle? ¿No nos esponemos á perecer tambien nosotros, victimas de sus impetuosas oleadas? Acaso sí; acaso sucumbieramos en tan noble lucha; pero no es el espíritu tan débil como el cuerpo: Puede un hombre viendo que otro muere victima de la asfixia, arrojar-se á salvarle y perecer en el mismo precipicio, pues el cuerpo flaquea ante el menor obstáculo. ¡En cambio el alma, que, con verdadero amor, quiere salvar la de sus semejantes, no teme, nada le intimida, no piensa siquiera qué podrá perecer; por que ardiendo en caritativo entusiasmo, está segura de reducir á pavesas todo cuanto trate de agregársele, no siendo amor sincero!

El corazón del hombre se conturba de la misma manera que el mar en su superficie; podrá profundizar más ó menos el desorden que reina en él, pero siempre queda una base tranquila y sosegada.

El corazón del hombre por su naturaleza ama el bien, le apetece irresistiblemente. Cuando se desvia, vá violento, fuera de su lugar, deseoso de volver á su verdadero camino; no es otra cosa que una nave sin piloto cuyo timon se záranda de uno á otro lado. Mas un hombre que trabaja en el órden moral, es un piloto que se presenta, y dando dirección á la nave, marcándola su verdadero rumbo, surca el Océano, seguro de llegar al puerto que buscaba.

Este es el único medio de combatir esa terrible plaga social que se apellida *indiferentismo* tanto más criminal, cuanto mayor es su empeño en aparecer laudable á los ojos del mundo; puesto que de este modo, aumenta indefectiblemente sus conquistas.

El indiferentismo colocado entre el si y el no, entre el error y la verdad, entre el vicio y la virtud, no es otra cosa que una raza de cobardes cuya extinción se impone.

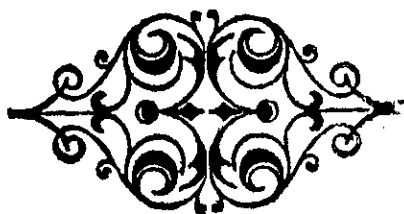
Necesaria es la lucha; pero una lucha sin tregua ni descanso, que arrase á ese monstruo, que no es otra cosa sino la funesta parálisis del alma, que no deja conocer ni amar firmemente.

Los campamentos se hayan perfectamente deslinados; á una parte se contempla el campo del bien, vestido con el hermoso ropaje de la virtud y orlado con los arrebatadores encantos de la verdad. Al otro lado se levanta el ruin castillo del vicio siempre deruido, pero pronto reedificado y cubierto de engañosos atavios. Y ora uniendo, ora separando, según las conveniencias se halla el funesto indiferentismo de puente levadizo. Armémonos varonilmente con las siempre vencedoras armas de la justicia; pidamos auxilio al dueño de todo bien, y así fortificados, dispongámonos á ganar el puente y hacerlo nuestra trinchera; y de esta manera, habiendo vencido á Pilatos, con nuevos auxilios y más elementos, podremos atacar al enemigo declarado, al que nos ataca frente á frente, apelando á todas las ficciones del engaño.

Mientras tanto que el hombre fluctúa entre el vicio y la virtud, se le puede atraer á ésta con el ejemplo; no es diciendo, sino haciendo, como se conquista; no es diciendo, *vivirás de este ó de otro modo*, como se gana al indiferente, sino diciendo *vivirás como yó*; y para esto, es preciso empezar por si mismos, tra-

bajando moralmente, hasta que cada uno de los que pretenden ser voluntarios en esta lid, se crea un aguerido veterano,

No de otra manera se salva á la sociedad; si así no se obra, no se aspira á la perfectibilidad, no se quiere la verdadera cultura, y el hombre se verá constantemente perturbado por errores y crímenes sin cuento.



A JERUSALÉN



AL M. I. SR. DR. D. MODESTO BADAL ROMERO,

ARCIPRESTE DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE ALMERIA

Y RECTOR DEL SEMINARIO CONCILIAR DE SAN INDALECIO

en prueba del cariño que le profeso.



Sanguis ejus super nos et super filios nostros.

Math. c. 27 v. 25

¡Has triunfado; por fin le has dado muerte..!
al Hombre-Dios crucificado alzas
sobre el Gólgota tétrico y sombrío,
y alegre ves su sangre tan preciada
de su cuerpo manando gota á gota....
¡y no se mueve á compasión tu alma!
¡Tiembra, Jerusalem, en tu locura!
Despreciada has de ser por ser ingrata.

.
.
.

Vivió contigo el sol de la justicia,
sus rayos amorosos te prestaba,
y no viste su luz ó la rehusaste;
y eterna noche oscureció tu alma.
Despreciaste su amor santo y sir

y odiada habrás de ser, ¡maldita raza!
No quisiste tomar de sus tesoros
las preseas valiosas de la gracia,
y siempre en pós de miserables bienes
habrás de caminar pobre y avara.

No quisiste subir á lo más alto
del alcazar del cielo, á las moradas
dó reina Dios con esplendor inmenso;
preferiste la tierra que te alhaga,
y en tu ambición rastrera y miserable
perdiste con tu Dios tu cara patria.

A Jesús Hombre y Dios menospreciaste
y cerraste tu oído á sus palabras....
pues bien, escucha ahora, torpe pueblo,
á otro Jesús que tu ruina aclama. (*)

¡Cuántas veces el hombre acá en la vida,
entre flores que huella con su planta
vive, sin deleitarse en sus perfumes
ni admirar sus colores y sus gracias,
para verse despues, cuando se acerca
de otra vida sin fin la alegre alba,
de eternos sinsabores rodeado
y punzantes espinas que taladran!

Así eres tú, Jerusalén deícida;
Una flor sus perfumes te brindaba,
y tú soberbia, miserable ó loca
ajaste su corola pura y santa.

Ahora, Jerusalén, solo te restan
espinas de las flores despreciadas;

Este Jesús, dice Josefo Flavio, que era hijo de Anano, el cual, hallándose todavia la ciudad de Jerusalén en profunda paz, empezó á gritar de repente: ¡Ay del templo! ¡ay de Jerusalén ¡ay del pueblo! Y luego añadió: ¡Ay tambien de mí mismo! é instantaneamente cayó muerto,

que llegarán certeras á clavar-se
en lo más escondido de tu alma.

Apréstate á salvar hoy á tu pueblo,
Sanedrín defensor de las infamias;
en tu ayuda á Caifás invoca ahora.
Hijos malditos en maldita raza:
las armas empuñad, y como buenos
á morir ó vencer por vuestra patria
presurosos corred á la pelea;
y en triunfando del águila romana,
el mundo á conquistar id, sin demora;
pues vencisteis al Dios de la venganza.

Más ¿como lo has de hacer, cobarde pueblo,
si en tu pecho villano sólo guardas
el vil placer de atormentar al débil
para gozarte luego en tal hazaña?
¿Por ventura, la sierpe cautelosa
podrá arrostrar con calma la mirada
del valiente león que la examina
para mejor lanzarse á triturarla?

¡Jerusalén maldita, tiembla y llora!
que ante ti el huracán ya se desata
que te habrá de envolver entre su furia
y te habrá de arroyar cual fragil caña.

Sola te vés y sin amparo alguno;
la sangre del Cordero derramada
pesa ya sobre tí; pues lo has querido,
fuerza es que Dios se apreste á la venganza.

Mira en tu derredor, cobarde pueblo,
contempla absorto al águila romana,
que llega sobre tí con furia loca
ansiosa de clavar en tí sus garras.

Mirala, ya se acerca, sangre pide;
su aspecto es fiero y á vencer se lanza;
oro bruñido su cabeza cubre;
sus garras son de puntas aceradas,
y sus alas potentes, cuál no otras,
son como el fuego, que doquier arrasan.

Ya de placer su corazón hastiado
se complace en la sangre derramada,
y busca airada do clavar su pico
para dejar la hiel de sus entrañas.

¡Tiembra, Jerusalén, ante tu muertel
Ya las garras del águila romana
ciñen tu cuello con hercúlea fuerza
y te harán sucumbír ¡maldita raza!

Vuelve hoy sobre tí; gentio inmenso
trémulo de pavor llena tus plazas,
y Tito lo domina y aprisiona
ciñendolo brioso con sus lanzas.

El angel de la guerra llega airado
blandiendo altivo su encendida espada,
y los deicidas que en tu seno habitan
entre sí cruda guerra se declaran.

Triste será tu fin; pues á tus puertas
el hambre descarnada se avalanza,
y estendiendo su horror entre tus gentes
con insólita fuerza las amaga.

Terrible es tu dolor, tu muerte cierta;
de Tito crece la guerrera rabia,
y el fuerte, en tanto, por salvar su vida
por mezquino manjár al debil mata.

Y lo que es más horror; la madre misma,
que diera por su hijo hasta su alma,
y le amamanta con el puro néctar

que elabora feliz en sus entrañas,
arrebata por el hambre fiera,
y en horroroso vértigo anegada,
el fruto de su amor mira convulsa,
carcajada feróz su pecho lanza,
sus miembros desmayados toman brio,
del duro suelo delirante salta,
y cogiendolo fiera, palpitante,
lo hiere, lo destroza, lo desgarrá,
y asido á él como á manjar sabroso,
con loca rapidéz el hambre sácia.

¡Tiembla, Jerusalén! que ya el romano
dió el grito precursor de la batalla,
y altivos sus soldados é invencibles
por todas partes tus murallas saltan.

Aquí el anciano suplicante llora
implorando perdon que nunca alcanza,
ante el rudo romano que potente
con mano firme siega su garganta.

Allá la madre de dolor transida
vé á su hijo morir; y su mirada
ora sigue al espíritu que vuela,
ora pinta la angustia de su alma,
cuando el primer soldado que la mira
en sus entrañas clava ruda lanza.

Y el tierno infante que olvidado queda
y no sucumbe ante la férrea espada,
nutriéndose en la sangre de su madre
halla en ella un veneno que le mata.

¡Todo es desolación, todo ruína,
la muerte por doquier todo lo arrasá,

Y cuando crece el belicoso encono,
y ya victoria los romanos cantan,
cual si las nubes rayos despidiesen
ó el sol á los judios abrasara,
asi se ven caer torres y almenas,
y tras ellas las victimas humanas.

El incendio voráz doquiera llega
destruyendolo todo con su llama,
y el guerrero romano ya rendido
ó no encontrando en quién saciar su saña,
henchido del placer de la victoria
sobre su inerte victima descansa.

Vestido el dia de carmín y oro
entre quebradas nubes se desata,
y Tito despertando de su sueño,
absorto queda entre ruínas tantas.

Todo se destruyó, Tito, hasta el templo
do se encuentra consuelo para el alma;
mas no te admire, el hombre desde hoy
disipando las nieblas que le embargan,
admirará de Dios la omnipotencia
y las obras valiosas de la gracia,
y miles templos alzará en su nombre,
desde los cuales, como nube santa,
lleguen á Dios, que espera cariñoso
como amante pastor de nuestras almas,
las lágrimas del hombre arrepentido
y del manso y humilde la plegaria.

A MI MAESTRO TAN QUERIDO COMO RESPETADO

D. ANDRES DIAZ SALDAÑA

Catedrático del Instituto de Almeria

en testimonio del firmísimo amor que le profeso

CÓMO SE LLEGA AL CIELO

I.

Crisálida es el hombre cuando nace;
más tarde *mariposa*;
y luego cuando yace,
alma ante Dios y cuerpo en una fosa.

II.

Nace el niño y es sol
de gratos embelesos;
y su pura megilla reverbera
los mas amantes besos.

Las auras le saludan á porfia;
las aves y las flores
sus trinos dan al niño y sus colores;
él á todos en cambio dá alegría,
y el maternal regazo, en donde mora
en cielo trueca luego;

pues al cielo de Dios bien lo remeda
un niño que al mirar todo lo dora,
una madre que vela sus sonrisas,
y un angel puro de celestes alas,
que al plegarlas agita dulces brisas,
que llevan al Señor en ráudos giros
los besos de la madre,
y del niño inocente los suspiros.

Cielo santo y cielo de ventura.
¿Quién sabe qué le espera?
Tal vez fugaz cual nube vaporosa
vuele á hundirse en un lago de tristura,
cuando el niño se muestre mariposa!

Angel puro que en el mundo apenas
si pudiste posar tu tierna planta;
del mundo teme las doradas redes,
antes que en ellas prisionero quedes.....

Con los angeles sigue sonriendo;
con otros niños, crisálidas tambien,
sigue jugando alegre y afanoso,
y no quieras saber, angel hermoso,
cómo cede laureles el gran mundo
al que en el lucha por llevar la palma;
pues si de aquestos triunfos algo queda,
es la mentira con su falso brillo,
y el corazón sin calma.

Nada envidies que el mundo haya otorgad .
Preocúpente tan sólo
tus juegos desoldado,
y mientras yo, del uno al otro polo,
pregonaré con esforzado acento

las glorias inmortales y sin cuento
de tu espada de caña;
pues si gloriosas son las que indomables
vencen mundos y asaltan precipicios,
la tuya no lo es menos:
pues con ella detienes la inocencia
en tus ojos tranquilos y serenos.

Por eso quiero dar
á tus batallas pompa,
y hacer lucir la fuerza de tu brazo;
y si alcanzo á sonar la épica trompa,
mientras me anima tu infantil pelea,
ensalzado por mí será tu nombre
con tanto afán de sublimar tus gracias,
que absorto quede el mundo,
al mirarlo esculpido en la alta cumbre
y en el inmenso mar y en lo profundo.

III.

¡Cuan hermosa Dios mio, es la inocencia!
¿Porqué el hombre ha pecado,
condenandose ciego
á vivir desterrado,
y á luchar con ardor y sin reposo,
si debe en la virtud fundar su ciencia?

¿Porqué, Dios mio, al hombre,
en llegando á cumplir los doce años,
tantos peligros por doquier le asaltan
y tantos desengaños?

¿Quién podrá dirigir con buen acierto
esa ráfaga súbita, asombrosa,
que unida á nuestra alma venturosa,
en mágico concierto
la cambia en mariposa?

¿Y quién podrá saciar su hidropesía,
el ánsia de gozar casi infinita
que siente el corazón, cuando palpita
á impulsos de la gloria que ya ansia.

Nunca el corazón podrá estar harto
mientras viva esta vida de pesares.
¿Más quien podrá calmar los mil azares
que siente un corazón y sus desvelos?
Sólo una madre que al mirar los cielos
en ellos ve la patria de la gloria.

Sólo una madre, sí,
pues es un ser que encierra dicha tanta,
que al mismo Dios encanta
con tan gratos amores,
que al venir de los cielos á la tierra,
en un seno purísimo de Virgen
guardó sus esplendores.

Dichosa la crisálida
que llega á mariposa,
y junto á ella escucha
que su madre la dice cariñosa:
—Mira al cielo. Allí está lo infinito.....

Aquí verás estrecha sepultura;
allí reside lo que nunca pasa;
aquí se encuentra lo que poco dura.

Mira, hijo mio, que la vida es breve
y llena de tormentos,
y que los más gigantes pensamientos
su tumba hallaron al chocar mas leve.

Ama siempre la luz;
huye el pecado que desdora el alma,

que hace perder al corazón la calma,
y aparta de la cruz.

Sea tu vida honrada y virtuosa;
imita de los santos el ejemplo,
y, huyendo siempre el mundanal ruido,
ten como á nido el templo;
que si vives así, es bien seguro
que si el mundo desecha tu memoria,
en el cielo te esperan los querubes
para cantar amores en la gloria.

IV.

Crisálida que llega á mariposa,
y de su madre escucha estos consejos;
en llegando á mirar, aunque de lejos,
ese inmenso horizonte de ventura
que su madre le muestra,
á luchar lancese con gran premura;
y despreciando cual gigante airado,
del mundo los encantos pasajeros,
en santa calma mirará que llegan
de sus dias mortales los postreros,
y al cielo volará su noble alma
ansiosa del laurel de la victoria;
y cuando diga Dios

—Tuya es la palma—
orlada se verá de eterna gloria.

V.

Y allí viviendo alegre y venturosa,
esperará sin cuita, ni desvelos,
que ráudo se levante hasta los cielos
su cuerpo sepultado en breve fosa.

LAS LAGRIMAS

¿Quién no ha sentido trocarse el bien, la alegría de su alma en amargo desengaño, en intenso dolor? ¿Quien no ha sentido deslizarse por sus mejillas una lágrima de su afligida alma? Por desgracia ó dicha nuestra, todos sabemos por experiencia propia que son las lágrimas; todos las hemos ¡derramado, y no siempre de la misma manera, porque las lágrimas son muy variables. ¡Son tantos los motivos que las causan! La figura del rostro que humedecen, la manera de rodar por las mejillas, las hace diferentes; por eso decimos que hay lágrimas de dolor, de ira, de desengaño, de alegría, de amor, de arrepentimiento, de vehemente deseo.

~~~~~

Las lágrimas de dolor son el delicado néctar que cicatriza la herida que las produce; mueven á compasión á la persona que las contempla, y son la última y más sublime manifestación del dolor que simbolizan.

Las flores también vierten lágrimas de dolor. Cuando en la alborada peregrina, la mano atrevida de un niño, osa arrancar de su tallo la rosa que bien pronto ha de deshojar sin piedad, de sus pétalos se deslizan ligerísimas gotas de rocío que impregnan la mano traidora que le arrebató la vida, y

la embalsama con su grato perfum. ¡Siempre. recibe algun beneficio el que vive junto al lecho del dolor!

Las lágrimas de ira son el fuego que inflama el corazón vengativo; infunden terror, y son la manifestación del hombre que no piensa; que delira. Son la antítesis de las demás lágrimas, el veneno de un corazón debil destituido de sus más generosos sentimientos, de un corazón que no amó.

Las flores no lloran de ira.

Las lágrimas que causan el desengaño, son muchas, porque muchos son los desengaños de la vida; el hombre que conoce el desengaño llora: por eso puede decirse que son maestras del hombre; en ellas puede aprender no solo el que llora, sino tambien el que las mira. Si todos supiéramos aprender en este llanto, no constituirian un mar las lágrimas derramadas por los hombres.

Las flores tambien tienen desengaños; por eso los lloran.

Cuando la flor engalanada por el rocío que la esmalta, espera al sol para saludarlo y dirigirle mil miradas de múltiples colores, y una nube ingrata se lo oculta, espera resignada; y si al fin se persuade que no sentirá su calor vivificante, una á una deja resbalar las preciosas perlas, que guarda en su corola. ¡Llora desengañada!

Las lágrimas de alegría son muy escasas, porque son pocas las personas que aman con entera sinceridad; porque son pocos los seres privilegiados, ó muy

pocas las ocasiones, en que se puede llorar de alegría.

Cuando el alma se inunda de felicidad, se extasia, y entonces llora de placer.

Las madres son las más propensas á derramar lágrimas de alegría porque son las que más aman.

Cuando una madre ocupada en sus labores mira á su hijo dormido, que sueña con los ángeles, una leve sonrisa asoma á sus labios; inconsciente cesa su tarea y sigue contemplando á su candoroso hijo, que también ríe como si quisiera agradarla más y más; y arrebatada entonces de alegría, envuelta en vaporosas nubes de amor que solo puede crear en torno suyo una madre que se deleita en las bellezas de su hijo, parece que se duerme también; y entonces de sus ojos colmados de dulzura se deslizan suavemente lágrimas que brotan de su enamorado corazón.

¡Venturosas lágrimas con cuánto amor os unis á una sonrisa! ¿porqué asomais á los ojos de una madre, cuando es el ser más feliz, de la tierra? ¿Es acaso que llora el alma, porque busca más delicias y no las encuentra? ¿Es que el alma cuando tanto goza no quiere rozar con nada que le recuerde que hay tristeza, y hace de las lágrimas un símbolo de alegría?

Lágrimas tan sublimes son rosada nube desecha en finísimas gotas, que Dios pone sobre el corazón que ama desinteresadamente; son el símbolo del amor humano manifestado de la manera más sublime.

Las flores no lloran de alegría.

Las lágrimas de amor son, puede decirse, las lágrimas por excelencia; todas las lágrimas dignas del hombre tienen su fundamento en el amor.

Por eso pudiéramos llamarlas familiares.

Pero una lágrima de arrepentimiento por haber

---

ofendido á Dios, vale más que todas las que derraman los hombres por amor á las criaturas; una lágrima por Dios, regenera al alma, y es bastante para hacer del hombre vicioso y descreído, otro virtuoso y santo. Las lágrimas del hombre por el hombre, raras veces se compensan; las lágrimas de un día por Dios, alcanzan por recompensa una eterna felicidad.

El dolor, el desengaño, la alegría, el amor y el arrepentimiento se pintan por lo general en las lágrimas del que desea vehementemente poseer á Dios; y no hay lágrimas más puras, más tier nas, ni más carinosas.

Las lágrimas derramadas por Dios son el crisol de la naturaleza corrompida; ellas la purifican con el fuego del amor que las producen, y cambian la copa de lodo que aprisiona á nuestra alma en preciosa vasija de infinito valor.

Santa piscina es el depósito de las lágrimas; el que le conserva incorrupto, es dichoso porque no mancha su corazón; mas el que le deja encenagarse, no es un momento feliz; porque ha enturbiado su alma, y habia de llorar mucho para limpiarla.

Una lágrima, una gota de rocío desprendida de los cielos del hombre, es bastante para elevarle hasta Dios ó conducirle á una eterna desdicha.



---

## ILUSION Y REALIDAD

---

**A mi hermano Francisco.**



Que es la vida una ilusión,  
vano sueño, fantasía,  
quimera de un solo día,  
delirio de la razón,  
nos dice el sábio y el necio;  
pero si se entiende mal  
este adagio, es infernal,  
y nos merece desprecio;  
pues si en este mundo hubiera  
tan sólo caprichos vanos,  
¿cómo vivieran ufanos,  
los que cuerdos se creyeran?  
¿Cómo cantáran los hombres  
de otros hombres las victorias,  
y sublimaran sus glorias  
y eternizaran sus nombres?  
¿Cómo entonces concebir  
que haya en el mundo desvelos  
tanto afán, tantos anhelos.....

para soñar y morir?  
Esto si que es ilusión;  
No lucha el hombre y se afana  
para ver luego, mañana,  
vacío su corazón.  
No aspira el hombre á la gloria  
que se agita allá en su alma,  
por alcanzar vana palma,  
ó ser un mito en la historia.  
Ni despreciando su vida,  
craza montes, surca mares,  
do sólo encuentra pesares  
por una ilusión perdida.  
Ni en lucha tenáz y ruda  
medita el sábio anhelante  
ó algún problema gigante,  
ó en solventar una duda,  
para hallar que son quimeras  
las reflexiones del mundo,  
ó que el mirar más profun-  
es vagar por las esferas.  
¿Y quién á decir se atrave  
que es del mundo una ilusión,  
dar impulso al corazón  
por la brisa que se mueve  
ligera al cielo, y constante,  
y que en sus pliegues sutiles,  
las flores conduce á miles  
al Señor bueno y amante?  
¡Flores que brotan del alma,  
cuando se juntan en ella  
la gracia de Dios ¡tan bella!  
y de la virtud la palma!  
¿Por qué no serán delirios  
del mundo los sinsabores,

y fantasmas los dolores,  
y quimeras los martirios?  
Pero ¡ah! que acá en la tierra  
es el sufrir lo real,  
es la dicha lo ideal,  
y el amor es cruda guerra;  
y hace la vida ilusión  
el que anhelando su bien,  
mira en el mundo un edén  
ó la dicha en la pasión.



---

# ALDEA SANTA

---

**Á MI QUERIDO AMIGO,**

D. JOAQUIN PERALTA VALDIVIA,

---

## I

Sobre la falda de un monte  
se reclina humilde y bella,  
una aldea deliciosa  
por lo fértil y lo amena.  
La cubre un cielo sin nubes,  
la ciñe graciosa vega;  
allá en su cima, la cruz  
airosa y altiva ostenta,  
y á su pié, ligero corre  
un riachuelo que la besa,  
cantando tiernos amores,  
murmurando blandas quejas.

## II

El sol desde sus reales,  
ostentando cabellera

más refulgente que nunca,  
orlada de ricas perlas,  
hace que la negra noche  
se refugie en sus cavernas;  
la brisa pasa suave  
murmurando grata endecha;  
los arroyuelos murmuran,  
los pájaros aletean,  
vístense de oro los montes,  
de verdura las riberas,  
y la pastora sencilla  
canta alegre allá en la sierra,  
mientras ván brincando riscos  
las baladoras ovejas.

## III

Algo extraordinario ocurre  
hoy en la pequeña aldea;  
sus calles están vestidas  
con aromáticas yerbas;  
un arco todo de flores  
y de listones de seda,  
se alza gracioso y sencillo  
en la puerta de la Iglesia;  
y el tío Antón, que es alcalde  
exclusivo de la aldea,  
de lustrina colorada  
ha plantado una bandera  
en la casa-ayuntamiento,  
que sobre todas impera.

## IV

Ya en la plaza están los mozo

vestidos de ropa nueva,  
y las mozas van llegando  
ufanas, y placenteras;  
á estas siguen los muchachos  
símbolo de la inocencia,  
y van tan alegres ellos.....  
que junto á ellos no hay penas.

## V.

¿Porqué abandonan sus casas  
los vecinos de la aldea,  
y se olvidan del arado,  
y visten blanca calceta,  
ancha faja colorada,  
pantalon á media pierna,  
chaqueta corta y ceñida  
y la clásica montera?  
¿Porqué? Porque hoy es día  
cual ningun otro de fiesta;  
porque van á reiterar  
del bautismo las promesas;  
porque como son de Cristo  
aman tanto su bandera,  
que por él no perderian  
ni palacios ni riquezas....  
pero sus vidas por Cristo  
sonriendo las perdieran.

## VI.

Ya están todos impacientes  
porque no están en la Iglesia,  
cuando con acento alegre  
se oye hablar de esta manera;

—¡Qué guapo viene el tío Antón!  
—¡Pues no digo la alcaldesa!  
vaya un refajo que trae....  
¡parece toda una reinal  
nadie en el pueblo es más guapa,  
en diciendo que se arregla.  
—La vida les guarde Dios:  
que hacen muy buena pareja.

## VII.

El tío Antón que este día  
la vara de alcalde lleva,  
avanza majestuoso,  
y la gente le rodea,  
y alzando la vara dice:  
—Marchemos para la Iglesia;  
y los muchachos que canten  
lo mismo que en la novena.  
Todos marchan en silencio,  
cuando las coplas empiezan:  
«¡Oh María, Madre mía!  
¡Oh Consuelo del mortal...»

• • • • •  
• • • • •

## VIII.

El amor brilla  
en sus miradas,  
que van veladas  
por la humildad;  
y á Dios amantes  
van anhelantes  
á contemplar.

¡Gloria, Dios mio—gloría á la aldea,  
que ante Tu nombre—rinde su amor!  
paz y contento—dales por cuna,  
llena de gracias—su corazón;  
rico perfume—su ambiente sea,  
blandas sus auras—puro su sol;  
¡y allá en los cielos—trono de gloria  
dáles en premio— de tanto amor...!



---

## ¡MADRE MIA!

---

A MI QUERIDO AMIGO

D. JOSE DOMINGUEZ RODRIGUEZ.

---

Tota Pulchra.

Hermosa escena la que se lleva á cabo en las eternas regiones de los ángeles.

Doquier; se mira, todo es sorprendente. Nos rodea un ambiente sonrosado, en él los ángeles batén sus celestes alas, y allá, del escabel, do posa el Supremo Señor, inmensa catarata de diáfana luz blanca y purísima se desprende, y en sus ondas vuelan los serafines á anegarse doquiera vida, ventura y magestad palpitan; pebeteros doquier de miles luces que los ángeles animan con su aliento; perfumes en derredor que el alma arroban; cánticos tiernos tan gratos que embelesan; extasis profundo que adormece; y coronando tanta beldad y tanta pompa, el Inmenso Señor en áureo trono que esmaltan los querubes se ostenta potentoso, rico de todas galas y delicias; cohorte brillantísima de espíritus insignes, que acaudilla invicto el bravo defensor del Dios Eterno, descansa alegre en las gradas diamantinas del trono del Señor; y sirviendo de escabel á tanta pompa el universo to-

do, blando se mueve y tembloroso en la infancia de su vida, como si lo agitaran las brisas de los mares ó lo acariciaran dulcemente las áuras perfumadas.

Aun no se ha enjugado la primera lágrima que Eva derramara arrepentida; todavía resuena en la mansión divina el primer perdón que sus lábios pronunciaran, cuando el Creador muestra en su esencia la imagen de una muger, que el cielo absorto acude á contemplar. No hay ser en los cielos que ante sus plantas no se rinda; todos la aclaman por su excelsa reina; todos la prestan singular tributo, pero esto no satisface á Dios, para lo que representa el amor que El tiene á los hombres; para tan especial criatura todo homenaje le parece escaso, todo tributo de menor valía; y entonces queda satisfecho, cuando el Espíritu de Amor, cual si quisiera enamorar á tan Excelsa Matrona, armado de arco de punzante flecha, y sus divinos ojos velados por la leve y purísima gasa del cariño, llega ante ella, y la dice enamorado y ébrio de ventura:

«Eres toda hermosa, amiga mía.»

Y entonces en los cielos suena un idilio de amor que llena el alma; una nota divina que alhaga al corazón; un cántico de misteriosa melodía, una alabanza que siempre ha de vibrar en la región eterna; la Sabiduría Increada, que no va en zaga al Amor Divino, la aclama por su excelsa Madre; y entonces suena en el Paraíso la voz del Eterno que nuevamente bendice al linage humano.

¡Oh Madre hermosa! ¡Quién poseyera de tu tierno mirar el dulce encanto; del grato sonreír que hay en tus lábios la dulzura; de tu voz argentina la armonía; la suma magestad que hay en tu paso; lo que tienes en fin de muger bella!

¡Cuán hermosa serás, Madre del alma! Nadie de

tí hizo un retrato fiel; yo ni lo intento; más si en sueños te miro, así te veo.

Admirable tropel de espíritus divinos en los cielos, que te sirven de dosel y de mullido asiento, me cautiva primero; después te miro á tí, y son tus ojos, cielos no, que otros muchos ya lo han sido, miradas del Altísimo que sobre un fondo de perlas y de nacar se reflejan; tu boca las alas de encendido serafín, que de entre ellas deja ver la blancura de su pureza; tus manos sostén de las divinas gracias; tus brazos ligaduras de Jesús; tu casto pecho reclinatorio del Divino Rostro; tu cintura junco que se mece al suave contacto de los suspiros de los ángeles; tus piés, celestes alas que vuelan á los hombres; y coronando tanta beldad, tanta belleza, conjunto tan hermoso, los querubes tejen tus cabellos. quedándose entre sus rizos y ondas como perlas y flores.

¡Qué hermosa te contemplo, Madre mia!

Tú fascinas allí á los ángeles con tu mirada; los deleitas con la armonía de tu palabra que impera; tus súplicas al Eterno los admiran; y tus suspiros, vuelan entre ellos, cual áura que los embriaga. Tú eres, no ya la perfumada violeta que se esconde, sino el alto girasol del Sol eterno.

¡Oh Madre mia! ¿quién me diera beber en tus miradas y alimentarme con tus besos? ¿quién me diera vivir siempre postrado antes tus piés, cantando tu hermosura?...

¿Y su alma? ¡Ah, si el rostro es el espejo del alma, debe ser divina! Si á sus ojos se asoma amante y cariñoso espíritu tan puro, fiel se retrata la divina sabiduría; si á sus lábios al sonreír, las complacencias del divino amor allí se miran; si para hablar se abren, y entre ellos se deja ver aquella alma ¿quién no admira la palabra creadora del Altísimo? ¡Oh alma

de Maria, toda hermosa! ¡cómo haces lucir en la frente del puro cuerpo que te alberga la sabiduría que Dios te concedió! pues si en aquella no hay sombra ni pliegue alguno, es porque jamás vino á turbarla la menor duda. ¡Cómo ondean los querubines en derredor de aquella frente, orlada de diamantes, que en sus múltiples colores revelan los inmensos tesoros de las ciencias! ¡cómo acuden allí, ávidos de los divinos secretos, los más elevados espíritus á sorprenderlos, ó quedar prisioneros en los brazos de María!

No eres tú como Dios, Madre amantísima; pero ¿qué importa? tampoco como el cielo son los mares; pero el cielo en el mar ¿no se retrata?

¡Oh Madre mia! ¿Qué nó pueda desasirme de la pesada carne que me arrastra, para dejar volar mi alma hasta tí, y contemplar tu belleza? ¿que no me sea dado siquiera que tú vivas todavía en este mundo, y yo pueda ver tu hermoso rostro, y enamorado de él, caer ante tus plantas, y poner mi corazón en tus manos y mis pensamientos en tus deseos?...

Pero ¿acaso no te veré jamás? ¡En tu amor confío, Madre del alma!



---

# EPITAFIO.

**A MI DIFUNTA MADRE**

(Q. E. P. D.)

Ayer eras, madre mia,  
la delicia de tu hogar;  
hoy yá, trás losa muy fria,  
llevaron á sepultar  
con tu cuerpo mi alegría.

Sólo me queda un consuelo,  
que viene á calmar mi llanto:  
y es que tu muerte fué un vuelo  
para llegar al Dios santo,  
y rogar por mi en el Cielo.

